

BAJO EL SOL IMPERIAL

Sylvia Torres

Para Magaly Pineda, socióloga y feminista dominicana que escudriña raíces y perspectivas comunes, además de clima, playas y mujeres hay muchas otras cosas que identifican a Centroamérica y el Caribe.

Pura vida, risa cristalina y a veces exagerada, que delata su alma africano-española, caribeña. Magaly es bien conocida en el movimiento femenino de la región como directora del Centro de Investigación para la Acción Femenina, de la República Dominicana. También es nombrada como teórica y dirigente popular, y en su país destaca por su infatigable labor política. Pero los amigos que mejor la conocen la recuerdan visitando diariamente a su marido, cuando pasó una larga época encarcelado.

En 1979 llegó a Nicaragua como consultora. Entre otras tareas, contribuyó a fundar el Ministerio de Bienestar Social y asesoró a la Organización Sandinista de Mujeres. Desde entonces, sus idas y venidas han sido constantes, aunque por lo visto, igual anochece en México que en Puerto Rico. Nadie mejor que ella para abordar las afinidades y diferencias de pueblos que tienen como cordón umbilical un inmenso mar.

Cercanos y a la vez distintos. ¿Existen elementos comunes a Centroamérica y el Caribe?

Compartimos una misma relación a la sombra del sol imperial. Podemos concebirnos como una sola región, por el predominio que han tenido los Estados Unidos desde fines del siglo pasado, en los respectivos procesos de construcción de la nación. El otro factor es económico. Tenemos la misma base productiva; economía de plantaciones de monocultivo, enclaves productivos, azucareros y ganaderos. Esto da a Centroamérica y el Caribe un sentido de región.

La unidad caribeña va mucho más allá de las islas, es todo el contorno del mar caribe. Tenemos el Caribe centroamericano, todas sus costas atlánticas, y también el Caribe continental en la costa atlántica colombianas y venezolanas.

¿Realmente podemos hablar de una región caribeña?

Más que hablar del Caribe hay que hablar de los caribes, ya que somos una realidad fragmentada. Centenares de grandes y pequeños archipiélagos e islas, fragmentados por el peso de la dominación colonial. Hablamos de un Caribe inglés, francófono, hispanoparlante, holandés. Cada uno expresa el reparto que se hizo en la época de la conquista del nuevo mundo. Además, hay otros problemas que nos separan, como la organización social, la cultura, las barreras lingüísticas y hasta la organización del espacio aéreo, que hace más fácil y barato viajar a Miami que a Barbados, a Trinidad o Martinica.

El Caribe y sus mujeres

¿Cómo podemos definir entonces el Caribe?

Como una región compleja donde coexisten el colonialismo, el neocolonialismo, la Cuba socialista y la República Dominicana, un país especial en una isla con dos naciones, dos culturas y dos lenguas distintas. Somos

una zona donde la depredación colonial hizo desaparecer la población indígena. En 1545, en la isla La Española y las islas grandes de las Antillas quedaban de seis a nueve mil indígenas, sobrevivientes de una población calculada entre 500 mil y dos millones. Eliminada por el genocidio, la población nativa se sustituyó con mano de obra esclava, que introdujo otro acento distinto.

En el Caribe las relaciones no están marcadas por el mestizaje, sino por el mulataje. Esto nos da otro ritmo, otra manera de pensar, de ver la vida, otras propuestas culturales. En la zona continental, la población indígena -mucho mayor-, compartió el espacio físico y no fue sometida tan tempranamente a formas brutales de sobre-explotación a como fue sometida la población indígena caribeña.

¿Existe una forma particular de ser mujer en el Caribe?

En este Caribe de hoy tan fragmentado, las mujeres tenemos la propuesta más unitaria. Somos tal vez las que tenemos las mayores posibilidades de romper las barreras lingüísticas, políticas, los prejuicios que se han levantado en los últimos tiempos, porque hablamos el lenguaje común de la opresión, ya sea en inglés, francés, español, papiamentu o creole. La economía de plantaciones marcó las relaciones familiares. Los hombres se movían hacia los centros productivos y no siempre formaban unidades familiares estables. Es muy típico de toda nuestra región el alto índice de jefaturas femeninas de hogares, cosa que no sucede en el Cono Sur, por ejemplo.

En Dominicana las mujeres son cabezas de familia del 40 por ciento de los hogares urbanos, mientras que en Nicaragua la cifra alcanza un 60 por ciento, y en Jamaica, hace años era de un 45 ó 50 por ciento. Esta situación no sólo obedece a la crisis, o al peso de la estructura de producción, sino a elementos culturales africanos. Emparejarse para las mujeres es una especie de estrategia de sobrevivencia, y no resulta extraño que los hijos de una mujer tengan varios padres. Esto implica que la mujer sea vista, por ella misma o la comunidad, como una mujer fácil o una prostituta.

Eso es muy cercano a la situación de las mujeres de Nicaragua o Centroamérica, sin que haya influencia africana.

Es que el mayor peso está dado por las estructuras económicas. Hay un fuerte elemento de cohesión sobre la maternidad, pero la paternidad no tiene gran validación social. Pesa el hombre *patriarca padrote* que tiene muchos hijos, pero el concepto de paternidad está muy poco interiorizado.

¿En qué medida están cambiando estas relaciones tradicionales?

Hoy en día básicamente están desapareciendo las antiguas economías de monocultivo -ya hay azúcar sintética- y nos vamos convirtiendo de enclave bananero, en enclave turístico. Hay tres elementos básicos para el turismo: playas, sol y mujeres. Mujeres tipificadas en la fantasía del amo blanco como sensuales, sedosas, misteriosas y apasionadas. Este estereotipo de la mujer caribeña se vende como paquete turístico y de hecho tenemos un turismo que viene a comprar esta porción del Caribe que son sus mujeres. Efectivamente las playas son hermosísimas, y la cultura hace que las mujeres y los hombres tengamos un acercamiento al cuerpo, a la sexualidad, al erotismo, diferente al de culturas como la anglosajona e incluso la indígena.

¿Cómo romper estos mitos si tienen una base tan real?

Cambiando las fantasías de los hombres. Es la única manera.

¿Y la prostitución?

En Dominicana ha tenido un aumento brutal en los últimos años. Crecieron los enclaves turísticos y aumentó la demanda de mujeres según las fantasías de los consumidores: negras apasionadas y con la *ventaja* de que son negras blanqueadas.

El cólera es la actual epidemia de Centroamérica, ¿es el sida el problema del Caribe?

Sí, es una epidemia creciente. En el caso de Dominicana tenemos el más alto índice de la enfermedad en mujeres. Influye el alto índice de prostitución, ya que exportamos prostitutas a Curaçao, Haití, los campos petroleros colombianos y todas las islas del Caribe. Esto obedece a una realidad, la fantasía del hombre caribeño es acostarse con una mujer blanca, y el único país donde puede encontrar una mujer más blanca que él y pobre como para que se acueste con él, es en República Dominicana.

Esta es fantasía de hombres, ¿cuál es la fantasía de la mujer caribeña?

Ha sido tan limitada la fantasía de las mujeres, que habría que hacer un análisis regional. Pero bueno... la de las mujeres dominicanas es acostarse y tener hijos de hombre blanco.

Definistes los mitos del colonizador, ¿cuáles son entonces los propios?

La subordinación. Este hecho es una realidad y la primera meta de las mujeres caribeñas es tomar conciencia de ella. Otros mitos provienen de la imagen racial y cultural del dominador, como la negación de la negritud, muy típica en el Caribe hispanoparlante. Aunque hay una convivencia de blancos y negros, y aunque los grupos blancos son minoritarios, la segregación racial y el racismo son una realidad.

En el caso dominicano, tenemos 10 por ciento de población blanca, treinta son negros y el resto mezclada. Son mulatos que niegan su identidad, el peso de la herencia genética y cultural africana. Es una población que se estira el pelo, no se identifica como negro y ha inventado la categoría de *indios*. En Dominicana, somos indios; claros, oscuros, canelos, pero nunca negros. Solamente es negro el que es tinto-retinto. Tenemos un lengua-

je parcializado, en el que el pelo lacio es pelo bueno, el pelo rizado es malo. El argot popular está lleno de frases como *Negro en mi casa, el caldero*. Es un racismo que expresa un grave problema de identidad.

¿Cómo se desarrolla en estas condiciones el movimiento de mujeres en el Caribe?

A pesar de estas barreras lingüísticas y de dominación, que te plantean realidades muy particulares, en cada una de las regiones del Caribe ha ido surgiendo un movimiento de mujeres. Tenemos Haití con un gran nivel de analfabetismo de toda la población y especialmente de las mujeres, donde la lucha de sobrevivencia ha retrasado la formación del movimiento.

Pero tenemos también el caso puertorriqueño, una sociedad con mucho peso de la cultura y política norteamericanas y movimientos de mujeres que no han sido fuertes en términos de movilización, sino en cuanto capacidad de negociación. Esto les permitió incidir en la legislación. En Dominicana existe un híbrido. Hay un crecimiento de la conciencia feminista, fundamentalmente en grupos de clase media, de intelectuales, como es típico de toda transformación teórica que enlaza con el movimiento popular.

¿Cómo se expresa la presión de la mujer dominicana?

En las elecciones de 1990, el movimiento de mujeres llamaba a dar el voto al partido que tuviera una propuesta para las mujeres, igualdad de salario por el mismo trabajo, asentamiento en la constitución de la igualdad, políticas contra la violencia doméstica. Por demagogia o lo que fuera, esto hizo que los partidos tuvieran que responder presentando programas con demandas feministas.

El Caribe, Centroamérica y sus «supermujeres»

¿Cómo comparas la situación social de las mujeres en el Caribe y Centroamérica?

Entre más conciencia tienes de tu situación, más quieres. Puede que tengas llenas algunas necesidades materiales, pero sientes la doble jornada, la presión para ser supermujer. El movimiento de mujeres emerge como fuerza política en América Latina en la década de los años 80. Esta época coincide con la agudización del conflicto centroamericano, lo cual hace muy difícil levantar las reivindicaciones específicas. Difícil atreverse a decir que estás subordinada cuando se estaba muriendo tanta gente y el problema era la sobrevivencia de la nación y la sociedad, frente a un enemigo externo o interno. En este jueguito manipulador y patriarcal, en medio de la cotidianidad y sobrevivencia, en muchos lugares de Centroamérica la construcción de un movimiento autónomo de mujeres es todavía una ilusión.

En Centroamérica, las organizaciones de mujeres han girado alrededor de acciones muy ligadas a sus papeles tradicionales: madres de desaparecidos, presos políticos, combatientes, héroes y mártires. Evidentemente la guerra es un espacio masculino, en donde las mujeres tenemos poco que decir y hacer.

A la hora de las propuestas económicas, ¿dónde quedan las mujeres?

En la propuesta de los grupos de arriba el ajuste, las mujeres recibimos un impacto diferencial. Sin embargo, todavía tenemos que afinar muchos elementos de análisis sobre el significado del ajuste. En principio sabemos que impacta sobre los servicios sociales, y eso implica que la vida doméstica va a sufrir. Allí, sufrimos nosotras como administradoras de la miseria, porque se alarga el tiempo de las tareas domésticas.

Aquí hay ahora apagones programados, pero nosotras enfrentamos los *prendiones*. De repente viene la energía a las tres de la mañana y entonces tienes que

planchar a la hora que viene la energía eléctrica, o buscando ahorrar, hay que gastar más tiempo comprando víveres. Hay elementos sobre la crisis que no se puede generalizar. Por ejemplo, siempre se habló de la expulsión de las mujeres del mercado de trabajo. Pero en Santo Domingo, a pesar de que se ha reducido el sector público, las mujeres permanecen en él, quizás porque el sector privado es mejor remunerado.

Pensamiento Propio/junio, 1992



Francisco Amighetti
Grabado
Costa Rica